

EL PLACER DE SER ESCUCHADO

Francesc Torralba Roselló
Catedrático de Filosofía de la Universidad Ramon Llull

Nunca se insistirá lo suficiente en el bien que supone ser escuchado por alguien, tener la sensación de que los sentimientos y pensamientos que uno experimenta en sus adentros son acogidos generosamente por un interlocutor que se dispone, libremente, a asumirlos, a integrarlos y a recibirlos en su propia interioridad sin juzgarlos, ni fiscalizarlos.

Ser escuchado es un acto de liberación, pero también de *catarsis*. No cabe duda que hablar bien o escribir correctamente exige un arduo esfuerzo, pero también lo exige la práctica de la escucha, pues se interponen un sinnúmero de obstáculos en el proceso de escuchar. Sin embargo, no se valora del mismo modo.

Se enaltece al buen orador y se elogia al buen escritor, pero no se defiende la dignidad del buen escuchador y, sin embargo, todos valoramos, intuitivamente, a la persona que sabe escuchar, la buscamos, deseamos sentarnos a su lado, estar con ella, porque todos, desde lo más profundo, necesitamos ser escuchados, especialmente cuando nos hallamos en situaciones límite y hemos perdido el control sobre nuestra propia vida.

Esponáneamente sentimos placer al ser escuchados. No se trata de un placer sensitivo, sino espiritual. Experimentamos que crece nuestra autoestima cuando alguien nos dedica tiempo y se fija en nuestros razonamientos y pensamientos. Deberíamos estar agradecidos a quiénes, libremente, escuchan, porque permiten que el pensamiento no muera dentro de la cápsula del yo, posibilitan que se abra a la exterioridad y, en este sentido, se encarne en la vida pública. Un pensamiento encerrado en la interioridad es un pensamiento muerto, porque el pensamiento requiere de la fluidez, del movimiento entre el yo y el tú para que sea vivo y realmente efectivo.

Escuchar los pensamientos de una persona, esos pensamientos del corazón que emergen de lo más profundo, es establecer una alianza empática con su ser, consiste en vincularse afectuosamente con el otro, aún en el caso, de estar radicalmente en oposición a lo que está expresando.

Tendemos a escucharnos a nosotros mismos o a escuchar a las personas que nos interesan, pero descuidamos la escucha de la inmensa mayoría de las personas que nos rodean. Es evidente que no podemos, aunque lo quisiéramos, escuchar a todos, pero debemos escuchar atentamente, porque la escucha es un modo de ganar en sensibilidad humana, en sentido de la prudencia y de la humildad.

No podemos caer en la trampa de escuchar solamente a quiénes nos interesa, puesto que, en ocasiones, la persona más digna de ser escuchada es la más imprevisible. Lo realmente clave, a pesar de todo, no es la cantidad de escucha que somos capaces de asumir, sino la calidad con la que realizamos tal ejercicio. No se trata de escuchar a cuantos más mejor, sino de escuchar con atención, con plena disposición, liberando las voces interiores que, como gritos, no dejan atender la voz del que habla desde el afuera.

Una persona libre de prejuicios se dispone a escuchar a los otros más allá de su color de piel, condición sexuada u origen social, pero, para ello, ha tenido que desarrollar una intensa y reiterada tarea de liberación de prejuicios, lo cual sólo es posible si, previamente, es capaz de identificarlos y liberarse de los mismos.

Cuando uno es escuchado, experimenta una liberación interior; pues aquella pesadumbre vivida aisladamente es compartida y, al serlo, pesa menos, se comparte su densidad y, por ello, la misma expresión ya es, de por sí, higiénica y liberadora. Deberíamos premiar a las personas

que saben escuchar, que dominan el arte de la receptividad, que saben atender lentamente la formulación del mensaje, sin aturdir al otro, ni presionarle para que diga lo que tenga que decir velozmente. Hemos expulsado la lentitud de la vida humana y todos los procesos deben realizarse velozmente, pero la escucha, como tantas actividades de la existencia humana, requiere de tiempo, de donación del tiempo y ello es algo muy extraño en la sociedad actual. No tendemos a dar nada y, menos aún, este bien escaso que es el tiempo.

Creemos que *tenemos* tiempo, pero, de hecho, el tiempo nos *tiene* a nosotros, porque no sabemos de cuánto tiempo disponemos para vivir, ni lo poseemos como un bien material. El tiempo fluye, nuestra vida también. Darlo no es perderlo. Es el único modo de convertirlo en algo que tenga sentido. Darlo a una persona desconocida es el único modo de transformarlo en algo digno de ser vivido.

Dar el tiempo: la expresión es del filósofo francés Jacques Derrida. Éste el único modo de reconciliarse con la propia existencia. Nos es dado el vivir. No hemos hecho méritos para ello. Tampoco lo hemos elegido. Es absurdo intentar frenar el paso del tiempo, luchar a muerte contra el dios *tiempo*, pero más absurdo es intentar acumularlo, rentabilizarlo, estrujarlo, sacarle el máximo partido.

El tiempo de vida nos es dado y darlo es el mejor modo de tratarlo. Darlo a quienes necesitan de nuestro apoyo, confianza. Al final, las personas dignas de ser recordadas son las que se han dado algo superior a su yo, las que se han entregado a una causa que no era su propio ser, las que se han olvidado de sí mismas y han vencido en la lucha contra el *ego*. Recordamos las personas que han luchado para mejorar un pueblo, un barrio, una comunidad de vecinos. Recordamos a las personas que nos enseñaron a amar, a las personas que nos dieron tiempo, que se entregaron, que nos cuidaron cuando lo necesitábamos. Éstas son las personas que deberíamos enaltecer, recordar, amar e imitar. El histrión social cuyo fin es el cultivo de sí mismo no debería merecer nuestra atención, porque su vida es una pura relación hermética, cerrada en el propio yo.

La cuestión no radica en vivir más o menos tiempo, en tener más o menos horas acumuladas en el dorso. La cuestión clave es qué hacemos con el tiempo de que disponemos. Podemos guardarlo celosamente, como un bien privado y hermético, pero, aun así, el tiempo fluye, se evapora y nosotros con él. Podemos darlo (supuestamente, perderlo), pero al hacerlo, nuestra vida cobra sentido, porque al darlo, liberamos al otro de su pesadumbre y sólo ello puede colmar a una persona.

Es un gozo encontrarse con una persona capaz de escuchar lentamente y poder compartir un periplo de tiempo con ella. La escucha es un bien escaso, una virtud ausente en la vida pública, un extraño ejercicio que exige humildad, superación de prejuicios, voluntad explícita de saber, interés por el otro, dominio de sí y, sobre todo, un respeto activo hacia cualquier ser humano.

La escucha es el fundamento del aprendizaje, la condición de posibilidad para crecer humanamente, para ampliar la visión del mundo y superar nuestro reiterado e impenitente provincianismo intelectual. No sólo escuchamos con el oído. También escuchamos con los ojos, con el tacto, con los cinco sentidos externos. La escucha es un acto de receptividad y, por ello, sólo puede escuchar quien limpia los poros de su ser y permite la libre circulación entre lo exterior y lo interior.

Deberíamos escuchar, sobre todo, a los que piensan de un modo distinto, a los que creen en otro dios, a los que viven de un modo radicalmente diferente al propio. Deberíamos realizar un esfuerzo para comprender sus razones ocultas y sus experiencias fundamentales. Todo ello tendría como resultado un conocimiento más profundo de la humanidad del hombre, de su riqueza intangible y de las infinitas capacidades que se albergan en él.

Escuchar es un acto de hospitalidad, consiste en dar acogida al otro sin convertirle en lo mismo, sin diluir su identidad, experimentando la violencia de su identidad en el propio seno y dejándose herir, si es el caso, por tal identidad. No siempre es agradable escuchar, no siempre es placentero recibir el mensaje del otro, sobre todo, cuando éste critica nuestro modo de obrar y de vivir, pero la escucha que hiera es, habitualmente, la escucha que educa y transforma al ser.

Especialmente significativo es escuchar a los seres más vulnerables de nuestro entorno social. La escucha piadosa es la escucha desinteresada, que no busca nada en concreto, ningún tipo de beneficio o de resultado en tal ejercitación. Esta escucha es la escucha en sentido puro y es el único medio que realmente puede otorgar calidad moral, dignidad ética a nuestras sociedades. Si sólo escuchamos a los sabios, a los ricos y a los poderosos, ¿Qué valor moral tiene la escucha?

La escucha tiene valor moral cuando es un acto sin interés, sin contrapartida, sin espera de reciprocidad. Esta es la escucha más difícil, pero es la única escucha en la que realmente hay un olvido del *ego*. Entonces, la escucha es un acto contracultural, un fenómeno extraño que da qué pensar, que rompe la lógica del farisaísmo. Debemos escuchar a los que nadie quiere, ni desea escuchar. Debemos escuchar a los que hablan lentamente, a los que cuentan sus vidas rotas, a los que explican sus dramas personales, a los que sufren la soledad o el asco de existir. Necesita ser escuchado. En ocasiones, no exige nada más, sólo un oído amable.

Escuchar a los seres vulnerables es una exigencia de humanidad, pero además, es un modo de conocer el lado oscuro del ser humano, el otro rostro de la vida que raramente aparece en los medios de comunicación de masas. También tenemos que aprender a escuchar el silencio de los otros. En ocasiones, no hay palabras para narrar lo vivido, porque la densidad de lo vivido es de tal dimensión, que, simplemente, faltan palabras o, mejor dicho, sobra cualquier palabra. En tales casos, debemos escuchar atentamente aquel silencio, porque el silencio no es el mutismo: es otro modo de decir algo, es, para decirlo con Ludwig Wittgenstein, un juego de lenguaje.

Finalmente, una última reflexión. La escucha es un acto de apertura al otro, la condición de posibilidad del diálogo, de la plena convivencia y desarrollo civilizado de las sociedades, pero también es un acto referido al ser personal. Debemos aprender a escuchar a los otros, pero también a escuchar a nuestro ser, a interpretar los alaridos de nuestro cuerpo, los gemidos de nuestra alma, tenemos que intentar comprender sus suspiros y sus gritos silentes, porque cuando uno se escucha, aprende a dominar mejor su ser y a controlar sus reacciones y sus pasiones. El malestar existencial que frecuentemente sufrimos se debe, en parte, a un defecto de escucha. Cuando uno se escucha, aprende a discernir dónde están los puntos dolorosos y cuáles son las razones de tal inquietud vital.